



SUBVERSIONES INTELECTUALES



Política y circunstancia

O contra el romanticismo ingenuo de la izquierda latinoamericana

DAVID ANTONIO PÉREZ NAVA

INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN POLÍTICA
(MORENA-MX)

49

De la historia política de América Latina

América Latina no es una sola, por mucho que la demagogia latinoamericanista se empeñe en olvidarlo. La historia de los pueblos que la conforman se entreteje de modos particulares, circunscritos siempre a las condiciones políticas, económicas, geográficas y culturales que a cada región caracterizan. Y aunque la colonización, es cierto, acercó de algún modo a pueblos y regiones que hasta entonces habían tenido un desarrollo más o menos diverso, no borró (y no había forma humana en que pudiera hacerlo) las diferencias que son, al final, las que constituyen el sustrato último de cada una de esas unidades político-territoriales que son hoy los Estados nacionales latinoamericanos. Cada país tiene, por tanto, una historia única que si bien no elimina las semejanzas existentes, sí lo dota de una especificidad propia que determina su desarrollo político, cultural o económico, y sin la cual es prácticamente imposible alcanzar una comprensión meridiana de su presente y de sus posibilidades reales de futuro, pues poco valor explicativo y menor utilidad teórica o política presentan las generalizaciones apresuradas, las analogías irresponsables y las consignas que no por bellas son verdaderas. De todo ello se nutre el romanticismo ingenuo.

Un pasado colonial nos acerca, pero aún antes de la llegada hispano-lusitana la historia de esta región del planeta ya era múltiple y diversa, pues amplias distancias existirían entre las culturas asentadas en el Valle de México, que llegaron a su cenit con la aparición en el siglo XIV de la enorme ciudad de México-Tenochtitlán, y las pequeñas comunidades políticas o los pueblos seminómadas que habitaban las islas del Caribe o las actuales Colombia, Venezuela, Chile o Argentina. No resulta extraño, de

América Latina no es una sola, por mucho que la demagogia latinoamericanista se empeñe en olvidarlo. La historia de los pueblos que la conforman se entreteje de modos particulares, circunscritos siempre a las condiciones políticas, económicas, geográficas y culturales que a cada región caracterizan. Y aunque la colonización, es cierto, acercó de algún modo a pueblos y regiones que hasta entonces habían tenido un desarrollo más o menos diverso, no borró (y no había forma humana en que pudiera hacerlo) las diferencias que son, al final, las que constituyen el sustrato último de cada una de esas unidades político-territoriales que son hoy los Estados nacionales latinoamericanos.

esta manera, que aunque sometidos y colonizados todos, no lo fuimos nunca de la misma manera, pues los mecanismos de la dominación (así como los de la resistencia a ella) y su aplicación concreta dependieron ineludiblemente de las posibilidades y limitaciones que imponía el propio escenario de operaciones, lo que garantizaba no sólo la pluralidad de “colonizaciones”, sino también su carácter imprevisible, casi azaroso. No representaría las mismas dificultades y no daría los mismos resultados, por ejemplo, el sometimiento de un pueblo como el Mexica y su epicentro urbano Tenochtitlán, habitado en 1521 por casi 400 mil personas, que el dominio sobre las actuales Cuba o República Dominicana, en donde la población autóctona no estaba en condiciones demográficas, militares, económicas y hasta culturales para resistir el exterminio que a la postre padecieron.

En este mismo sentido, los movimientos de insurrección anticoloniales que desembocaron en nuestras Independencias, deben entenderse también como procesos diferenciados que fueron motivados, efectuados y liderados por ideas, comunidades y sujetos tal vez afines pero distintos: pues no es lo mismo (y la fisonomía de un pueblo así lo expresa) un movimiento popular cuyo líder es un miembro pleno -aunque crítico- del antiguo régimen de privilegio (como los aristocráticos Simón Bolívar o José de San Martín), que uno encabezado por un grupo de sacerdotes de parroquia, profundos conocedores de la historia y las lenguas indígenas (como Miguel Hidalgo y Costilla, hablante de otomí, náhuatl y tarasco¹), o auténticos miembros de las clases populares (como el mulato José María Morelos y Pavón, hijo de carpintero, y humilde cura de un pueblo pobre de las provincias de la Nueva España). Tales diferencias no son anecdóticas, sino esenciales, y como tales deben ser consideradas.

El noble anhelo martiano de fuertes ecos bolivarianos, expresado con vehemencia cuando convoca a “la marcha unida” de los Estados latinoamericanos², puede que sea una idea de poderoso valor simbólico, que pensada como postulado ha permitido (ayer y hoy) estrechar lazos de solidaridad entre los pueblos y países que se ciñen a ella. Su auténtico alcance práctico-político, sin embargo, ha sido

1 Roberto Ramos, *Los libros que leyó don Miguel Hidalgo y Costilla*, México, Gobierno de Guanajuato, 1958 y Luis Castillo Ledón, *Hidalgo. La vida del héroe*, México, FCE, 2019.

2 José Martí, “Nuestra América”, en *Obras completas*, vol. 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 15-23.

desde sus orígenes muy limitado, y ya era prueba de ello la brutal oposición que el propio Bolívar encontró entre sus pares sudamericanos, determinados por sus propias circunstancias, completamente negados a asumir cualquier proyecto integracionista (que poco ruido causaba, para decir verdad, entre las grandes mayorías populares) y corresponsables, en consecuencia, de que el Congreso de Panamá de 1826 se convirtiera muy pronto, como dijera José Antonio Páez, en “aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban”³. El problema del latinoamericanismo no radica en la belleza de sus ideales ni en la deseabilidad de sus hipotéticos resultados. La voluntad ingenua, por muy nobles que sean los fines que persigue, no



es nunca garantía de éxito político. Las circunstancias imponen mucho más que cualquier optimismo, y aún el mejor y el más internamente coherente de los proyectos socio-políticos, es absolutamente incapaz de resistirse a ellas. Existe una amplia distancia entre lo lógicamente pensable y lo empíricamente posible. El teórico y el político virtuoso, en todo caso, saben pensar, sentir y hacer política desde su circunstancia; y asumen que ésta no es “un reino independiente en las nubes”, sino la base mundana que “debe ser tanto comprendida en su *contradicción* como revolucionada prácticamente”⁴.

3 Citado por Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, Caracas, El perro y la rana, 2011, p. 619.

4 Marx, “Tesis sobre Feuerbach”, II, en B. Echeverría, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Ítaca, 2011, p. 112. Las cursivas son mías.



<https://www49.online-convert.com/dl/web7/download-file/9f53c220-1850-493b-b1d5-45b3d7946df5/pobreza-2.jpg>

Política y circunstancia

No hay teoría política sin historia. Las experiencias políticas no se exportan, y el despliegue histórico de cada pueblo depende necesariamente de circunstancias particulares, desarrolladas en momentos precisos e impulsadas por sujetos políticos cuya consciencia está íntimamente ligada al pueblo del que emanan y al lugar que en este ocupan. Las semejanzas no deben ser nunca pretexto para olvidar las diferencias; de modo que no hay razones históricas que justifiquen la creencia de que un hecho político cualquiera puede replicarse en otro sitio y producir exactamente las mismas consecuencias. Napoleón Bonaparte, con sus guerras al inicio del siglo XIX, tardaría en aprender la lección por las malas, y ni el entusiasmo desbordado que la intelectualidad de la época sentía por los resultados de la Revolución Francesa (fervor del que fueron partícipes lo mismo Kant que Hegel, Hölderlin o Schelling⁵), habría podido evitar el fracaso de unas transformaciones que se querían imponer desde fuera por la fuerza, a manos de un invasor francés que justificaba su cruzada bajo el argumento de *liberar Europa*. En la España invadida por las fuerzas napoleónicas en 1808, por ejemplo, el pueblo se convertiría pronto en el cuerpo guerrillero que, olvidado por su rey y su ejército, se dedicaría a resistir la invasión hasta expulsar a los franceses. Si el pueblo de España sería libre, lo sería a su debido tiempo y según sus propias fuerzas, métodos e ideas. En la América Latina de la segunda mitad del siglo XX, el panorama no sería tan distinto. La Revolución Cubana triunfante en 1959, multiplicaría el voluntarismo ingenuo que dio a luz a las guerrillas latinoameri-

5 Rüdiger Safranski, en *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, México, Tusquets, 2011, pp. 30 y ss., hace un interesante balance de lo que significó la Revolución Francesa para esta generación de importantes intelectuales alemanes.

canas, casi todas nacidas con su carta de defunción bajo el brazo, motivadas por un discurso pretendidamente marxista ajeno a sus realidades nacionales, inspiradas por una revolución por muchas razones única e irrepetible, e imposibilitadas de origen por un sinfín de circunstancias que les impedían, en ese momento preciso, no sólo el triunfo militar sobre los regímenes vigentes, sino la más mínima posibilidad de construir la hegemonía que todo movimiento político con mínimas posibilidades de éxito precisa.⁶ Era la utopía de la montaña, exaltada hasta nuestros días por el romanticismo de izquierda. El genuino papel del movimiento estudiantil y guerrillero de las décadas de los 60, 70 y 80, sin embargo, es en unos casos más modesto (México, Argentina o Bolivia) y en otros mucho más complejo de lo que suele pensarse (como Colombia, Perú o Venezuela), sobre todo si dejamos a un lado su autoimagen construida a modo desde el simbolismo del “guerrillero heroico” y atendemos a la vida interna, profunda, de los pueblos en donde tales grupos actúan y en donde confluyen con una enorme pluralidad de fuerzas, identidades políticas, proyectos y objetivos.⁷ El único sujeto revolucionario, el verdadero actor de las transformaciones sociales genuinamente tales, es la movilización generalizada de la sociedad, con toda la pluralidad que le es propia.

-
- 6 Necesario es no confundir, nos dice Engels, “el punto de partida de la lucha y del movimiento revolucionario, con su punto de llegada” (F. Engels, “Los programas del partido radical-democrático y de la izquierda de Fráncfort”, en K. Marx y F. Engels, *Periodismo revolucionario*, México, Ediciones Roca, 1975, p. 15), pero igualmente necesario resulta no confundir el punto de llegada, su constitución política e ideológica definitiva (aunque siempre sujeta al vaivén de las circunstancias), con el punto de partida en el que las identidades políticas, los marcos ideológicos y los proyectos sociales aún no están definidos, y gracias a que no lo están no limitan su poder aglutinante. Las grandes transformaciones sociales son procesos, no revelaciones místicas. La Revolución Cubana, en este sentido, no fue el acto de una vanguardia guerrillera, tampoco el triunfo de un proyecto político determinado *a priori*, sino movimiento, contradicción y lucha. El Movimiento 26 de Julio, en este sentido, no produjo la movilización popular, sino que era sólo una de las tantas expresiones de ella y del descontento que le daba sentido. Su virtud, en todo caso, estuvo en su capacidad de escuchar el curso de ese movimiento, sus voces internas, comprender sus contradicciones, articular la pluralidad de sus manifestaciones y colocar un dique que les permitiera marchar con un mínimo de unidad colectiva. Es la construcción de hegemonía, la cual no depende ni de la solidez de un diagnóstico teórico, ni de un proceso pedagógico, ni de la coherencia interna de un proyecto político que se le presenta a las masas para “convencerlas”, sino de la capacidad del actor político con pretensión hegemónica de construir dicho proyecto en proceso vivo, según la realidad efectivamente existente, sumando reivindicaciones, aglutinando mayorías y comprendiendo “la verdadera filosofía, que es la que la gente tiene en la cabeza y que es siempre conflictiva” (Louis Althusser. *Para un materialismo aleatorio*, Madrid, Arena libros, 2002, p. 10).
- 7 Agotada ya toda su fuerza política (sin aceptar que alguna vez la tuvo), el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México sobrevive frecuentemente sólo en el ideario de la Izquierda académica, usualmente apartada de aquella “base mundana” en la que el pueblo construye su futuro sin la pureza de las abstracciones. La imagen de un movimiento indígena sin contradicciones, no coincide con el desenvolvimiento real del pueblo mexicano. Un proyecto político encerrado sobre sí mismo, absolutamente incapaz de comprender ni articular con nadie que no acepte sin reparos los presupuestos de su falsa radicalidad crítica (escondida bajo los nebulosos adjetivos del anticapitalismo o lo antisistema), es un proyecto castrado, incapaz de sumar fuerzas y aglutinar voluntades. Tradicionalmente, un proyecto revolucionario se cierra sobre sí mismo cuando ha triunfado al alcanzar la hegemonía, en el momento en el que genera ese *ordine nuovo* que busca defender de las amenazas externas; pero no cuando ni siquiera ha comenzado.

Contra el romanticismo ingenuo

El ideal profundamente moderno del progreso, según el cual la historia avanza linealmente siempre hacia mejor, contradice el decurso real de toda la historia hasta nuestros días: lejos estamos de escalar hacia una idílica cima en la que se garantizan todos los derechos, se suman todas las voluntades y se satisfacen todas las necesidades. Esa es la falacia liberal, a la que sucumben incluso los representantes “más radicales” de la izquierda latinoamericana, esos que acostumbran pensar más en el futuro idílico que desean y menos en las exigencias y limitaciones del que habitan. El largo proceso que es la historia humana, sin embargo, así como el de los pueblos que la conforman, es más caótico que eso y el antagonismo, la violencia, la imperfección y la contradicción son sus elementos constitutivos. El camino es sinuoso, lleno de

obstáculos, su inicio y su fin son inciertos; a veces incluso es difícil determinar si se avanza o se retrocede. Lo que importa, en todo caso, siempre es el camino, y Este no es uniforme, armónico o predecible.

No hay procesos puros, y la solidez de cualquier análisis y la efectividad de toda acción política radica en comprenderlo. Tan dañino es el que se niega a ver la imperfección de lo que existe (convencido del carácter inmaculado de *su* causa) como el que, viendo la imperfección, reniega y huye en búsqueda de una pulcritud que no es humana. Las grandes revoluciones del siglo XX, la de México, Rusia, China o Cuba, no fueron revoluciones triunfantes porque eliminaran los antagonismos y las contradicciones, sino porque avanzan con ellos creativamente, flexibles siempre al paso que marcan las circunstancias y conscientes de que, como dice Marx, “los antagonismos que se desprenden de las mismas relaciones de la sociedad [...] deben ser enfrentados combatiendo; no pueden ser eliminados por la fantasía”⁸. Y el combate político adquiere siempre múltiples formas. Ni las alianzas incómodas pero necesarias (como la de los bolcheviques con la burguesía a través de la Nueva Política Económica de Lenin); ni las relaciones diplomáticas útiles pero controvertidas (como las de Cuba con la España de Franco o la Argentina de Videla); ni su sesgo presuntamente antidemocrático

El ideal profundamente moderno del progreso, según el cual la historia avanza linealmente siempre hacia mejor, contradice el decurso real de toda la historia hasta nuestros días: lejos estamos de escalar hacia una idílica cima en la que se garantizan todos los derechos, se suman todas las voluntades y se satisfacen todas las necesidades. Esa es la falacia liberal, a la que sucumben incluso los representantes “más radicales” de la izquierda latinoamericana, esos que acostumbran pensar más en el futuro idílico que desean y menos en las exigencias y limitaciones del que habitan. El largo proceso que es la historia humana, sin embargo, así como el de los pueblos que la conforman, es más caótico que eso y el antagonismo, la violencia, la imperfección y la contradicción son sus elementos constitutivos.

8 En K. Marx, “La revolución de junio”, en K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, pp. 24-25.



No hay procesos puros, y la solidez de cualquier análisis y la efectividad de toda acción política radica en comprenderlo. Tan dañino es el que se niega a ver la imperfección de lo que existe (convencido del carácter inmaculado de su causa) como el que, viendo la imperfección, reniega y huye en búsqueda de una pulcritud que no es humana. Las grandes revoluciones del siglo **XX**, la de México, Rusia, China o Cuba, no fueron revoluciones triunfantes porque eliminaran los antagonismos y las contradicciones, sino porque avanzan con ellos creativamente, flexibles siempre al paso que marcan las circunstancias y conscientes de que, como dice Marx, “los antagonismos que se desprenden de las mismas relaciones de la sociedad [...] deben ser enfrentados combatiendo; no pueden ser eliminados por la fantasía”.

(“toda situación provisional posterior a una revolución exige una dictadura y una dictadura enérgica”, nos dice Marx nuevamente⁹), no son razones suficientes para deslegitimárlas.

Enrique Dussel, en *Hacia una nueva cartilla ético política*, afirma categóricamente: las tres transformaciones ocurridas en México (la Revolución de Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910), esas que le sirven al actual gobierno de Andrés Manuel López Obrador para encontrar su lugar histórico y su sentido político, son transformaciones fracasadas¹⁰; y es un curioso punto de partida para quien intenta construir un discurso útil a un movimiento como el lopezobradorista, que no sólo las reivindica, sino que se asume heredero de ellas. El supuesto fracaso de estas transformaciones radica, según este filósofo argentino, no en la ausencia de cambios estructurales (pues es claro que cada una de ellas genera un nuevo orden institucional distinto al que le precede y, con ello, satisface reivindicaciones de los sectores populares), sino en su incapacidad (¿?) de eliminar las tensiones sociales, los antagonismos y, en consecuencia, lograr el ascenso permanente a una sociedad *completamente* justa, libre y democrática. ¡Cómo si eso fuera posible! Hay aquí no sólo una cuestionable filosofía de la historia, sino también un peligroso formalismo democrático y un universalismo ético que no considera el contenido de lo político, su materia, la vida humana en sus contradicciones y la compleja temporalidad de las transformaciones sociales. Las implicaciones teóricas y las consecuencias políticas que se deducen de todo ello, nos exigen seguir reflexionando.

9 En K. Marx, “La crisis y la contrarrevolución”, en *ibid.*, p. 51.

10 E. Dussel, *Hacia una nueva cartilla ético política*, México, Brigada cultural, s/f, p. 24-29.



https://www.portafolio.co/files/article_multimedia/uploads/2020/04/15/5e976e9ce9aed.jpeg

Referencias bibliográficas

- » Althusser, Louis (2002). *Para un materialismo aleatorio*, Madrid, Arena libros.
- » Castillo Ledón, Luis (2019), *Hidalgo. La vida del héroe*, México, FCE.
- » Dussel, Enrique (s/f). *Hacia una nueva cartilla ético política*, México, Brigada cultural.
- » Echeverría, Bolívar (2011). *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Ítaca.
- » Liévano Aguirre, Indalecio (2011). *Bolívar*, Caracas, El perro y la rana.
- » Martí, José (1975). *Obras completas*, vol. 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- » Marx, K. y Engels, F. (1975). *Periodismo revolucionario*, México, Ediciones Roca.
- » Ramos, Roberto (1958). *Los libros que leyó don Miguel Hidalgo y Costilla*, México, Gobierno de Guanajuato.
- » Safranski, Rüdiger (2011). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, México, Tusquets.